

LAS HAZAÑAS REVOLUCIONARIAS DE FRANCISCO MURGUÍA

UN SOLDADO DE PRIMERA CATEGORÍA

FUE VIGOROSA FIGURA DE LA REVOLUCIÓN

Francisco Murguía, valiente, leal y enérgico, llena una recia página de las últimas guerras intestinas de México

UN MAESTRO DE VALENTÍA Y DE LEALTAD

Fue el único toro que me dio gusto, porque los otros que me echaron eran puros bueyes, dijo de él Villa

Antes de escribir sobre la vida militar del general Francisco Murguía, he de expresar mis agradecimientos a las siguientes personas que bondadosamente me proporcionaron informes y documentos de gran valor: al señor general Arnulfo González, jefe del Departamento de Caballería, de la Secretaría de Guerra y Marina, y ex jefe del Estado Mayor de Murguía; al general Heliodoro T. Pérez, amigo y compañero del divisionario, y al general Ezequiel Martínez Ruiz, quien militó a las órdenes del general Murguía desde 1914 a 1918 y poseedor de un rico diario de campaña.

La revolución constitucionalista

CAPÍTULO I

¿Quién era ese hombre, pequeño de cuerpo, de anchas y vigorosas espaldas, de encrespado cabello, siempre enfundado en una guayabera de kaki y con una mascada blanca atada al cuello, buen jinete sobre un caballo con manchas de alazán y blanco, con una mirada de águila y que llevando siempre la 45 en la mano saltaba sobre el enemigo, seguido de sus ayudantes?

Ese hombre, que asombraba por su audacia, sorprendía por su serenidad y que hasta los treinta y tres años no había hecho otra cosa que manejar cámaras fotográficas, era el jefe de doce mil ciudadanos armados que les seguían con una fe ciega: era el general Francisco Murguía.

“Era el maestro de los valientes”, dicen quienes militaron a sus órdenes.

“No es general, pero es el mejor peleador que he conocido”, dijo el general federal Pedro Ojeda.

“Fue el único toro que me dio gusto, porque los otros que echaron eran puros bueyes”, dijo el general Francisco Villa.

“Es el valiente y enérgico general Murguía”, escribió el general Obregón.

“DESCUBIERTO” POR EL GENERAL PABLO GONZÁLEZ

Fue el general Pablo González, poco después de la sublevación del gobernador Venustiano Carranza, quien descubrió en aquel fotógrafo que recorría los minerales del estado de Coahuila, buscando clientes y haciendo vida sencilla, a un futuro y gran soldado; soldado, porque más que general –y así se verá a través de la historia de sus campañas– fue un soldado de primera categoría; un jefe de soldados, porque ignorante de tácticas, sólo sabía que en la guerra mexicana, el victorioso es siempre el más audaz, el más sereno, el más hombre de los hombres.

Si Murguía hubiese tenido el mismo origen campesino de Francisco Villa, habría sido otro Pancho Villa; pero con una influencia citadina sobre él, carecía lo que tenía el guerrillero duranguense: astucia.

Tanta similitud había entre uno y otro que no sin razón, mientras que a Villa le llamaban “Pancho Pistolas” a Murguía lo conocían como el “Pancho Belduque”.

Como el general Villa, el general Murguía era implacable con los traidores a su causa y, sobre todo, con los traidores a su división. El fusilamiento de Anastasio Pantoja y de otros tantos, fueron buena prueba de ello.

Y también como Villa, los que quedaban atrás a la hora del combate, eran blanco de su ira. El traidor y el cobarde no alcanzaban jamás su perdón.

Al igual que Villa, el general Murguía jamás mataba “en frío”. Ambos justificaban y ejecutaban la muerte en la guerra; pero nunca el crimen político. El general Villa pudo haber fusilado al general Álvaro Obregón; no lo hizo porque era el crimen político que repugnaba con su instinto guerrero.

SU HISTORIA GUERRERA

Aunque ya general de brigada, en agosto de 1914, Francisco Murguía inició su interesante historia guerrera en noviembre del mismo año, cuando por orden del Primer Jefe, Venustiano Carranza, se desprendió de Toluca, donde era gobernador y comandante militar, para ser el primer general constitucionalista que habría de atravesar valerosa y audazmente una gran región del país dominada completamente por el villismo.

Después de haber contestado a la Convención de Aguascalientes que sólo obedecía órdenes de Venustiano Carranza, en los últimos días de noviembre de 1914 el general Murguía abandonó la ciudad de Toluca a la cabeza de doce mil hombres, en su mayoría montados y a los que había organizado con gran cuidado, para dirigirse al estado de Jalisco, donde se encontraba el general Manuel M. Diéguez, cuya situación militar quedó en extremo comprometida desde el primer momento del rompimiento de la Convención con Carranza.

Para llegar al estado de Jalisco, la división de Murguía tenía que atravesar el estado de Michoacán, completamente dominado por las fuerzas del general Gertrudis G. Sánchez, quien había reconocido a la Convención y quien tenía a sus órdenes a varios miles de soldados aguerridos.

SIN ESPERANZAS DE AYUDA

Murguía tenía que recorrer un territorio que le era hostil y en el cual sabía que no encontraría ninguna fuente de aprovisionamientos y en el que, además de

La revolución constitucionalista

las fuerzas de Sánchez, podría encontrarse con las fuertes columnas villistas que empezaban a desprenderse amenazadoras desde el norte del país.

Tocaba al general Murguía ser el primer general carrancista que había de desafiar en sus propios terrenos a los convencionistas. El general Obregón quedaba a sus espaldas en la Ciudad de México y en su frente tenía a varios cientos de kilómetros al general Diéguez, quien, careciendo de elementos de guerra, no podía auxiliarle en ningún caso.

Hostilizado en su retaguardia por núcleos zapatistas al igual que en su vanguardia por gente de Sánchez, el general Murguía movió lentamente su pesada columna a través del estado de Michoacán.

SUS COLABORADORES

Para esta larga marcha por territorio enemigo, Murguía confiaba no solamente en sus cuerpos veteranos, sino también en sus principales jefes. Eran éstos: los generales Jesús Dávila Sánchez, Rómulo Figueroa, Martín Castrejón y Epifanio Rodríguez y los coroneles Eduardo Hernández, Heliodoro T. Pérez, Benjamín Garza, Fortunato Zuazúa, Juan Pablo Marrero, Pablo González (Chico), Ernesto Aguirre, David Díaz Couder, José Murguía y Humberto Barros.

El Estado Mayor de Murguía, lo componían: el coronel Arnulfo González, los mayores Francisco Arratia, Lisandro Fernández, Fernando de León, José y Adolfo López Malo, José Flores, Abelardo Ábrego y Humberto García y el capitán Juan Moncada.

De los miembros del Estado Mayor de Murguía era el capitán Moncada el tipo más pintoresco. Era fama en la división que apenas el enemigo empezaba a retroceder ante el empuje de la división, Moncada, a caballo, se lanzaba sobre los derrotados, gritando: “Viva Juan Moncada”; “que los valientes sigan a Moncada”; “ábranse que aquí va Juan Moncada”. Y era fama también que después de la acción de guerra no tenía otra preocupación el capitán que desnudar a los oficiales muertos, para aprovechar la ropa que les quitaba y, así, a veces se le veía luciendo dos o tres uniformes, uno encima del otro.

SOBRE MORELIA

Pero volviendo a la marcha de la columna del general Murguía: éste había avanzado hacia el centro de Michoacán con gran cautela, ya que el general en jefe había tenido conocimiento de que el general Gertrudis Sánchez, habiendo recibido grandes elementos de guerra del general Villa, se disponía a disputarle el paso.

Aunque Murguía, conforme a las órdenes de Carranza, marchaba hacia el estado de Jalisco, sabedor de los preparativos del general Sánchez y no queriendo verse atacado a retaguardia, se dispuso a lanzarse sobre Morelia, en donde Sánchez tenía su cuartel general, considerando que exterminado el núcleo principal, no solamente encontraría más expedito su camino, sino también que podía continuar sin riesgo de verse fácilmente envuelto por las fuerzas combinadas de Villa y Sánchez.

Hizo Murguía un alto en la hacienda de Queréndaro para organizar debidamente sus fuerzas, y allí se le presentó el mayor Ezequiel Martínez Ruiz, quien en desacuerdo con el general Sánchez al saber que éste se había declarado convencionista, al frente de doscientos y tantos hombres había resuelto unirse a los constitucionalistas.

PLÁTICAS DE PAZ

Después de un breve descanso en Queréndaro y satisfecho de que su división había podido llegar hasta el centro de Michoacán sin sufrir pérdida alguna, el general Murguía dispuso el avance hacia Morelia, dispuesto a arrebatar la plaza al enemigo; pero al llegar a la estación Charo recibió una comisión del general Gertrudis G. Sánchez, quien le pedía entrar en arreglos para reconocer al gobierno de Carranza.

Las pláticas con los emisarios de Sánchez fueron rápidas y satisfactorias. En ellas, Sánchez quedó comprometido a reconocer al constitucionalismo, para lo cual fue firmado un pacto que suscribieron el propio Sánchez y sus generales Joaquín Amaro, Alejo Mastache, Cecilio García y Anastasio Pantoja, por una parte; y por la otra, los generales Murguía y Enrique Estrada, este último que, después de abandonar al general Lucio Blanco, se había unido al constitucionalismo al frente de la séptima brigada de caballería.

La revolución constitucionalista

Firmado el pacto, Murguía hizo su entrada triunfal a Morelia, en donde permaneció tres días, ocupándose en aprovisionar sus tropas para seguir, ya sin enemigo a retaguardia al estado de Jalisco.

CAMBIO DE PLANES

Entre los obstáculos sufridos por la división, se encuentra la defección de Amaro, quien, dando un golpe de sorpresa, atacó la extrema retaguardia de la columna.

De Morelia, la división de Murguía siguió a Uruapan, desde donde el divisionario pensaba continuar a Los Reyes a fin de entrar a Jalisco; sin embargo, cuando se iba a iniciar la marcha, los informes que recibió y conforme a los cuales supo que el general Diéguez había sido desalojado de Guadalajara y que el general Villa destacaba sus mejores fuerzas sobre Jalisco, hicieron variar de plan.

Resolvió Murguía desviar su primera ruta para seguir hacia Apatzingán e internarse en Tierra Caliente para llegar así al sur de Jalisco.

Hecho el pacto con Gertrudis Sánchez, el general Murguía no tenía temor alguno a que el enemigo hostilizara su columna, por lo cual continuaba marchando con cierta confianza a través de Michoacán.

INESPERADO ASALTO

Sin embargo, cuando menos se lo esperaba, en un punto llamado Las Vueltas, los generales Joaquín Amaro y Anastasio Pantoja se lanzaron ferozmente sobre la extrema retaguardia de la columna que era al mando del mayor Arnulfo Torres y que custodiaba siete piezas de artillería de la división.

La sorpresa que causó el asalto de Amaro y Pantoja fue tal, que la extrema retaguardia fue derrotada fácilmente llevándose los atacantes las siete piezas de artillería y un gran número de prisioneros.

El general Murguía, quien se encontraba en Parácuaro, al tener conocimiento del asalto de que había sido objeto su extrema retaguardia, eligiendo las mejores corporaciones de su división se volvió en persecución de los asaltantes, quienes tuvieron tiempo para retroceder violentamente hasta Uruapan.

La ventaja que llevaban los asaltantes hizo considerar a Murguía la inutilidad de la persecución, y estimando la necesidad de proseguir la marcha hacia Jalisco, le hizo volver a incorporarse al grueso de la columna, no sin antes ordenar la inmediata aprehensión y consignación de los mayores Arnulfo Torres y Enrique Zertuche, quienes aparecían responsables de la falta de vigilancia de la extrema retaguardia, lo cual fue aprovechado por Amaro y Pantoja para realizar el asalto, que costó la pérdida de varios cientos de hombres entre muertos y desertores, y de siete piezas de artillería.

MURGUÍA Y DIÉGUEZ UNEN SUS DIVISIONES

Después de este incidente, la división continuó hacia la costa michoacana, pasando por Apatzingán, San Juan de los Plátanos, Santa Ana, Amatlán, Buenavista y Tepalcatepec, último punto de Michoacán

Sin mayores contratiempos que el sufrido al pasar la columna el río de San José en donde perecieron ahogados varios soldados y mujeres, el general Murguía había cumplido con las órdenes de la jefatura de la Revolución: se encontraba en territorio jalisciense.

Desde Tepalcatepec, el general Murguía envió propios al general Manuel M. Diéguez, quien tenía establecido su cuartel general en Zapotlán, Jalisco, anunciándole su entrada al estado de Jalisco.

Ya en territorio de Jalisco, la columna fue haciendo altos en Jilotlán, Tecatitlán, Tuxpan, Zapotiltic y Huescalapa, desde donde Murguía se comunicó telegráficamente con el general Diéguez, avanzando enseguida hasta Tlajomulco, en donde el general jalisciense le esperaba.

Murguía ordenó la concentración de toda su división en Tlajomulco, en donde después de conferenciar ampliamente con Diéguez el 14 de enero de 1915, se resolvió atacar la ciudad de Guadalajara, que se encontraba en poder de los villistas a las órdenes del general Julián Medina.

DISPOSITIVOS DE COMBATE

La movilización sobre Guadalajara fue iniciada el día 15, disponiendo Diéguez y Murguía que el avance sobre la plaza se llevara a cabo de la siguiente

La revolución constitucionalista

forma: cinco mil infantes a las órdenes de los coroneles Pablo Quiroga, Esteban B. Calderón, Melchor Vela y Daniel Díaz Couder, y apoyados por cuatro mil dragones a las órdenes del general Rómulo Figueroa, avanzarían por el centro para atacar la hacienda de El Cuatro; dos mil jinetes bajo las órdenes del general Roque Estrada y del coronel José Murguía caminarían sobre la izquierda, para posesionarse de los cerros del Gachupín, y dar apoyo a los atacantes de la hacienda del El Cuatro; dos mil hombres de caballería a las órdenes de los coroneles Cirilo Abascal, Heliodoro T. Pérez y Pablo González (Chico) seguirían a lo largo de la vía férrea, y por la derecha de la columna principal llevando como objetivo las estaciones de La Capilla y El Castillo, para cortar así la vía ferrocarrilera al enemigo.

La movilización general llevada a cabo con grandes precauciones bajo la dirección de los generales Diéguez y Murguía –pero especialmente de éste, que no se daba punto de reposo cuidando especialmente de la efectividad del avance de la caballería que seguía la vía férrea– ocupó a los constitucionalistas todo el día 17, hasta por la tarde, cuando los villistas, sintiendo la proximidad del enemigo y descubriendo las intenciones de las caballerías de Pérez, González y Abascal, se lanzaron sobre ellas en número de más de mil. El general Pérez se hizo fuerte a lo largo de la vía férrea y enseguida se lanzó sobre los villistas, obligándolos a retroceder hasta las puertas de Guadalajara.

Ocupadas por los constitucionalistas la noche del 17, las posiciones que habían indicado los generales Murguía y Diéguez, todo quedaba dispuesto para el combate que había de iniciarse sobre la derecha del enemigo especialmente sobre los cerros del Gachupín.

UN EJEMPLO DE LA VALENTÍA DEL GENERAL MURGUÍA

Apenas había amanecido, cuando el coronel José D. Murguía inició un lento avance sobre El Gachupín, teniendo que soportar un recio fuego de fusilería y ametralladora y casi al mismo tiempo que desde las posiciones en El Cuatro, la artillería villista cañoneaba al centro de la columna constitucionalista.

El coronel Murguía continuó avanzando, siendo entonces reforzado por la infantería del coronel Díaz Couder y a pesar de las desventajas del terreno, cargó duramente sobre la posición enemiga, logrando arrebatarla tras de breve pero sangrienta lucha.

Ya en posesión de El Gachupín, la izquierda de los constitucionalistas se lanzó sobre la hacienda El Cuatro, donde las infanterías de Quiroga y Calderón se batían con el enemigo, que hacía grandes estragos con su artillería.

Pero las posiciones villistas habían sido reforzadas y a pesar de las impecuosas cargas del general Pérez y el avance lento, pero firme, de Díaz Couder, no se lograban grandes progresos.

El general Murguía, quien observaba la acción desde el Gachupín, puso en movimiento una reserva de dos mil jinetes y al frente de su gente se lanzó furioso sobre el enemigo parapetado en El Cuatro. Ni las granadas de la artillería ni el mortífero fuego de las ametralladoras detuvo la marcha de Murguía, quien en el centro de sus fuerzas, confundiendo con sus soldados y con un solo ejemplo de valor desmedido, logró llegar hasta la línea enemiga y rebasándola, se internó en los terrenos de la hacienda poniendo en dispersión a los villistas.

A PUNTO DE MORIR

Sin embargo, el ardor de la batalla estuvo a punto de costar la vida al general Murguía, cuando continuando el avance al frente de su Estado Mayor y de unos cuantos soldados, se vio de pronto a cuatro o cinco metros de distancia de un fuerte grupo de villistas. En ese momento, su captura o su muerte parecían inminentes y solamente su serenidad y su audacia, le salvaron.

Al verse rodeado por el enemigo y antes de que éste se repusiera de su sorpresa, ya Murguía, levantándose sobre los estribos de su caballo, gritó a los villistas:

—*¿Qué hacen aquí muchachos? ¿Dónde está su jefe?*

Y antes de que le dieran la respuesta, les ordenó con voz tonante:

—*¡Síguenme, muchachos!*

Los villistas, que parecían atolondrados, siguieron a Murguía y a los acompañantes de éste. El general se había adelantado gracias a su buen caballo y al descubrir a unos cuantos metros de distancia a un grupo de su gente, se volvió rápidamente al enemigo y gritando a los suyos, “Sobre ellos, hijos!”, se lanzó furioso sobre quienes hubieran podido capturarlo o darle muerte, y en unos cuantos minutos les hizo volver grupas en completa desbandada.

La revolución constitucionalista

SOBRE EL CUATRO

Después de este incidente, el general reunió a sus fuerzas y al frente de las infanterías avanzó fieramente hacia el cerro de El Cuatro, sobre el cual había cargado ya también el centro de las fuerzas de Diéguez, logrando tomarlo después de cinco horas de combate.

Los diez mil villistas que defendían la entrada de Guadalajara quedaron despedazados, siendo perseguidos durante el resto del día 18 por las caballerías de Murguía.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 13 de enero de 1935, año XXI, núm. 335, pp. 1-2.